

Reseñas

Antonio Ibarra, *La organización regional del mercado interno novohispano. La economía colonial de Guadalajara, 1770-1804*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Facultad de Economía-Universidad Nacional Autónoma de México, Puebla 2000, 261 pp., incluye cuadros, gráficas y mapas.

Sin temor a equivocarme, la historiografía del período borbónico es una de las más amplias de toda la historia de México. Gracias a una serie de trabajos que describen o analizan aspectos que van desde la importancia de las fiestas populares hasta el comportamiento de los impuestos, ahora podemos tener una visión más precisa de ese periodo de nuestra historia.

Los años comprendidos entre los inicios de la década de los sesenta del siglo XVIII y el primer decenio del XIX marcaron el primer gran periodo de crecimiento económico de lo que después sería México, gracias a una estra-

tegia imperial comúnmente conocida como “Reformas Borbónicas”. Por esta razón y porque, hacia fines de este periodo, se hicieron evidentes los problemas estructurales de aquella economía, la historiografía económica ha sido de lo más abundante e innovadora, sobre todo en los últimos veinte años. Además, el trabajo en este ámbito se ha visto favorecido por la gran cantidad de documentos y datos que elaboraron los ilustrados burócratas de aquella época en su afán por controlar a una sociedad que había adquirido dinámicas propias.

El trabajo de Antonio Ibarra se basa precisamente en uno de estos documentos: quizá el diagnóstico más completo que se haya hecho sobre la economía de una región del Nuevo Mundo en los tres siglos de dominación española. Me refiero a las *Relaciones* que sobre Guadalajara y su región hizo el intendente Abascal en 1802-1803. Con este valioso testimonio, Ibarra incursiona muy adentro en los terrenos del economista al construir un “modelo cuantitativo para

el estudio de la organización económica colonial a escala regional” (p. 23).

El trabajo de Ibarra sigue un camino predecible. Primero se aboca a defender la conveniencia de su método para explicar las interdependencias económicas que definen a una región. A partir de la definición de este concepto, procede a describir lo que es la región de Guadalajara, misma que se circunscribe a lo que en la época se conocía como la “intendencia” del mismo nombre. Asimismo, en esta parte del libro, el autor caracteriza a la intendencia mediante el análisis de sus limitantes físicas y de las estructuras de su población y de tenencia de la tierra.

El periodo de estudio, ya señalado desde el título, es definido con precisión en el capítulo tercero. Con las peculiaridades de la región, tales como sus características comerciales (y no mineras), la explicación que el autor proporciona en este sentido, podría aplicarse al resto de la Nueva España. Así, el crecimiento más importante del periodo colonial se inicia hacia la década de los setenta del siglo XVIII y se explica por un incremento en la demanda, tanto de productos de consumo final (explicada a su vez por el incremento poblacional), como de consumo intermedio (que responde al incremento de la producción minera en diversas regiones del espacio colonial). Un dato relevante que nos proporciona Ibarra es que hacia 1800, el crecimiento económico de la región comienza a desacelerarse debido a limitaciones tecnológicas. Esta conclusión, ya analizada por diversos autores desde distintas perspectivas y para otras regiones de Nueva España, sugiere, a mi modo de ver, una rica ve-

ta de análisis económico de los años inmediatamente previos a las guerras de independencia.

Hacia fines del Siglo de las Luces, en la región de Guadalajara, nos dice el autor, ocurre un cambio estructural importante. Por una parte, la capital de la intendencia pierde atractivo para sus abastecedores, por lo que comienzan a surgir zonas que se relacionan con el mercado de otras partes del virreinato. Al respecto, valgan los ejemplos de la integración de la zona de Sayula al mercado de Valladolid o del auge que en la época adquiere la Feria de San Juan de los Lagos. Estas zonas “nuevas” tienen una forma de relacionarse con sus mercados. Las interconexiones son presentadas por el autor de forma hipotética, lo que refleja no sólo su profundo conocimiento histórico de la región, sino que también sugiere el comportamiento específico de los mercados en la misma. Por ejemplo, Ibarra señala que la dinámica del abasto regional en las ciudades sigue un esquema nuclear, mientras que en las regiones mineras se “genera un crecimiento hacia fuera que rompe la capilaridad hacia el centro solar” (p. 115). En tal sentido, el autor plantea hipótesis sobre este comportamiento y describe algunos casos, con lo cual muestra cinco “arquetipos” de redes internas de mercado.

Por otro lado, el autoconsumo, esa parte que no se puede cuantificar pero que tiene una ponderación muy elevada en economías no totalmente mercantilizadas, merece un comentario particular por parte de Antonio Ibarra, quien sugiere que el incremento de la demanda, de los precios y de la especialización guardan correlación inversa con el

autoconsumo: éste sólo se puede medir indirectamente, de ahí que lo más que podemos esperar es conocer la dirección de sus tendencias.

Como menciona el autor en su introducción, el libro consta de dos partes. La primera contiene el análisis que he reseñado arriba; la segunda se refiere propiamente al modelo cuantitativo al que alimentarán los datos proporcionados por Abascal. Este modelo —conjunto de ecuaciones matemáticas presentadas en el Apéndice I— es una abstracción de la realidad de la demanda regional que busca explicar la relación entre diversas variables para los años 1803-1804. Con el fin de demostrar la utilidad de este instrumento, Ibarra comenta las generalizaciones que otros autores han hecho en torno a la región de Guadalajara en el periodo de estudio. De ahí pasa a explicar la relación de la región consigo misma y con el resto del espacio colonial, así como el grado de diversificación que, en esos años, tenía su estructura económica. Con el modelo en funcionamiento, las conclusiones más importantes de Ibarra son que la región de Guadalajara creció por sus propios medios, mediante la integración de sus subregiones y la utilización de formas de crédito y de intercambio en especie. Por otro lado, gracias a la minería novohispana la región de Guadalajara se insertó en el mercado colonial, lo que le dio los medios de pago (pocos, con relación a zonas de gran explotación minera) para acceder al mercado mundial. Estas conclusiones, por cierto, no se sostienen en una economía con escasez crónica de dinero circulante, por lo que es oportuna la lla-

mada de atención de Ibarra sobre la necesidad de reconsiderar la vieja afirmación de que no había dinero hacia el interior de la Nueva España.

El trabajo aquí reseñado es poco común, aun en el ámbito de la historia económica. Su lectura no es fácil, menos aún por la profusión de cuadros, gráficas, mapas y el modelo matemático en sí. Sin embargo, las conclusiones son claras y no requieren del modelo para ser comprendidas. Lo más destacado del mismo es a mi parecer, la forma en que el autor logra recrear el funcionamiento económico de una región sin referirla jamás a la ciudad de México. En este proceso de descripción y análisis surgen preguntas interesantes, no sólo para el caso de Guadalajara, sino para otras regiones de la Nueva España dieciochesca. El modelo propuesto, además, puede aplicarse a estas regiones, con las debidas modificaciones determinadas por la fuente. En fin, el trabajo de Antonio Ibarra nos dice (y comprueba) muchas cosas que ya imaginábamos conociendo el desempeño económico novohispano; y dice muchas otras que desconocíamos y que permiten ver mejor aquel pasado de hace doscientos años.

Luis Jáuregui
INSTITUTO MORA

“La muerte en fuga, la muerte presente”. Comentario al libro de Verónica Zárate Toscano, *Los nobles ante la muerte en México. Actitudes, ceremonias y memoria (1750-1850)*, El Colegio de México/Instituto Mora, México, 2000, 484 pp.